

Landesbibliothek Oldenburg

Digitalisierung von Drucken

Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha

En Quatro Tomos

Cervantes Saavedra, Miguel de

Londres, 1738

Capitulo XXXVI Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

urn:nbn:de:gbv:45:1-1676

Fernandez de Cordova en el Reyno de Napoles, donde avia ido à parar el tarde arrepentido amigo. Lo qual sabido por Camila, hizo profession, y acabò en breves dias la vida à las rigurofas manos de tristezas y melancolias. Este fuè el fin que tuvièron todos, nacido de un tan defatinado principio.

BIEN, dixo el Cura, me parece esta Novela, pero no me puedo persuadir, que esto sèa verdad; y si es fingido, fingiò mal el autor; porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quièra hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusièra entre un galan y una dama, pudièrase llevar; pero entre marido y muger algo tiene del imposible: Y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

CAPITULO XXXVI.

Que trata otros raros sucesos que en la venta sucedièron.

ESTANDO en esto, el ventero que estàva à la puerta, dixo: Esta, que viene, es una hermosa tropa de huespedes; si ellos paran aqui, *gaudeamus* tenemos. Que gente es? dixo Cardenio. Quatro hombres, respondiò el ventero, vienen à cavallo à la gineta con lanças y adargas, y todos con antifaces negros: y junto con ellos viene una muger vestida de blanco, en un fillon, asimesmo cubierto el rostro; y otros dos moços de à pie. Vienen muy cerca? preguntò el Cura. Tan cerca, respondiò el ventero, que yà llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubriò el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de Don Qui-



xote; y casi no avian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero avia dicho; y apeandose los quatro de à cavallo (que de muy gentil talle y disposicion eran) fuèron à apear à la muger que en el fillon venia, y tomandola uno dellos en sus braços, la sentò en una filla, que estàva à la entrada del aposento donde Cardenio se avia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se avian quitado los antifaces, ni hablado palabra alguna: Solo que al sentarse la muger en la filla, diò un profundo Suspiro, y dexò caer los braços como persona enferma, y desmayada. Los moços de à Pie llevàron los cavallos à la cavalleriza. Viendo esto el Cura (desseoso de saber, que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estàva) se fuè donde estàvan los moços, y à uno dellos le preguntò lo que saber deseava; El qual le respondiò: Pardiez, Señor, yo no sabrè dezirlos, que gente sea esta: Solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegò à tomar en sus braços, à aquella señora que avèys visto: Y esto dìgolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que èl ordena y manda. Y la señora quien es? preguntò el Cura. Tampoco sabrè dezir esso, respondiò el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: Suspirar, si la he oydo muchas vezes, y dar unos gemidos, que parece, que con cada uno dellos quiere dar el alma: Y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que avemos dicho, porque mi compañero y yo no hà mas de dos dias, que los acompañamos, porque aviendolos encontrado en el camino, nos rogàron, y persuadièron, que vinièssemos con ellos

ellos hasta el Andulazia, ofreciéndose à pagárnoslo muy bien. Y avèys oydo nombrar à alguno dellos? preguntò el Cura. No por cierto, respondiò el moço; porque todos caminan con tanto silencio, que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros y solloços de la pobre seño-
ra, que nos mueven à làstima; y sin duda tenèmos creydo que ella và forçada donde quiera que và; y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, ò và à serlo, que es lo mas cierto; y quiçà porque no le deve de nacer de voluntad el mongio, và triste como parece. Todo podria ser, dixo el Cura; y dexàndolos, se bolviò à donde estàva Dorotea, la qual como avia oydo suspirar à la emboçada, movida de natural compassion, se llegò à ella, y le dixo: Que mal sentis, seño-
ra mia? Mirad si es algo de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callava la lastimada seño-
ra; y aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estàva en su silencio, hasta que llegò el Cavallero emboçado (que dixo el moço, que los demas obedecian) y dixo à Dorotea: No os cansèys, seño-
ra, en ofrecer nada à esta muger, porque tiene por costumbre, de no agradecer cosa que por ella se haze; ni procurèys que os responda, sino querèys oyr alguna mentira de su boca. Jamas la dixè, dixo à esta fazon la que hasta alli avia estado callando, antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desventura; y desto vos mesmo quiero que seàys el testigo, pues mi pura verdad os haze à vos ser falso, y mentiroso. Oyò estas razones Cardenio bien clara, y distintamente, como
quien

quien estàva tan junto de quien las dezia, que sola la puerta del aposento de Don Quixote estàva en medio; y assi como las oyò, dando una gran voz, dixo: Vàlgame Dios, que es esto que oygo? Que voz es esta que ha llegado à mis oydos? Bolviò la cabeça à estos gritos aquella señora, toda sobrefaltada, y no viendo quien las dava, se levantò en pie, y fuèsse à entrar en el aposento, lo qual visto por el Cavallero, la detuvo sin dexarla mover un passo. A ella con la turbacion y desafosiego se le cayò el tafetàn con que traìa cubierto el rostro, y descubriò una hermosura incomparable, y un rostro milagroso, aunque descolorido y affombrado; porque con los ojos andava rodeàndo todos los lugares donde alcançava con la vista con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber porque las hazia, pusièron gran lastima en Dorotea, y en quantos la miràvan. Teniàla el Cavallero fuertemente afida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alçarle el emboço que se le cayà, como en efeto se le cayò del todo; y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estàva) viò que el que abraçada assi mesmo la tenià, era su esposo Don Fernando; y apenas le hùvo conocido, quando arrojando de lo intimo de sus entrañas un luengo y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas desmayada; y à no hallarse alli junto el Barbero que la recogió en los braços, ella dièra consigo en el suelo. Acudiò luego el Cura à quitarle el emboço para echarle agua en el rostro, y assi como la descubriò, la conociò Don Fernando, que era el que estàva abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla; pero no por esto dexàva de tener

ner

ner à Lucinda, que era la que procuràva soltarfe de fus braços, la qual avia conocido en el suspiro à Cardenio, y èl la avia conocido à ella. Oyò assimesmo el ay que diò Dorotea, quando se cayò desmayada, y creyendo que era fu Lucinda, saliò del aposento despavorido, y lo primero que viò fuè à Don Fernando, que tenia abraçada à Lucinda. Tambien Don Fernando conociò luego à Cardenio, y todos tres Lucinda, Cardenio, y Dorotea quedàron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les avia acontecido. Callavan todos, y miràvanse todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando à Cardenio, Cardenio à Lucinda, y Lucinda à Cardenio. Mas quien primero rompiò el Silencio fuè Lucinda, hablando à Don Fernando desta manera:

DEXADME, Señor Don Fernando, por lo que deveys à ser quien soys, ya que por otro respeto no lo hagays; dexadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promessas, ni vuestras dâdivas. Notad como el Cielo por defusados, y à nosotros encubiertos caminos, me a puesto à mi verdadero esposo delante. Y bien sabeys por mil costosas experiencias, que sola la muerte serà bastante para borrarle de mi memoria. Sèan, pues, parte tan claros defengaños, para que bolvays (ya que no podays hazer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con èl la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la darè por bien empleada: Quiçà con mi muerte quedarà satisfecho de la fè que le mantùve hasta el ultimo trance de la Vida.

AVIA



AVIA en este entretanto buelto Dorotea en sí, y avia estado escuchando todas las razones que Lucinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era; Y viendo que Don Fernando aun no la dexava de los braços, ni respondia à sus razones, esforçandose lo mas que pudo, se levantò, y se fuè à hincar de rodillas à sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lagrimas, assi le començò à dezir.

SI ya no es, Señor mio, que los rayos deste Sol, que en tus braços eclipsado tienes, te quitan y ofuscan los de tus ojos, ya avràs echado de ver, que la que à tus pies està arrodillada, es la fin ventura (hasta que Tu quieras) y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, à quien tu por tu bondad, ò por tu gusto quisiste levantar à la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honestidad, viviò vida tan contenta hasta que à las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato, y te entregò las llaves de su libertad: Dàdiva de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien claro aver sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à ti de la manera que te veo; pero con todo esto no querria, que cayèsse en tu imaginacion, pensar que he venido aqui con passos de mi deshonra, avièndome traydo solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste que yo fuèsse tuya, y quisistelo de manera, que aunque aora quieras que no lo sea, no serà possible que tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa à la hermosura y nobleza por quien me dexas, la incomparable

orable voluntad que te tengo. Tu no puedes fer de la hermosa Lucinda, porque eres Mio: Ni ella puede fer tuya, porque es de Cardenio: Y mas facil ferà, si en ello miras, reducir tu voluntad à querer à quien te adora, que no encaminar la que te aborrece, à que bien te quiera. Tu sollicitaste mi descuydo; tu rogaste à mi entereza; Tu no ignoraste mi calidad; tu sabes bien la manera que me entreguè à toda tu voluntad; y assi no te queda lugar, ni acogida de llamarte à engaño. Y si esto es assi, como lo es, y tu eres tan Christiano como Cavallero, porque por tantos rodèos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me hiziste en los principios? Y fino me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legitima esposa, quièreme alomenos, y admítete por tu esclava, que como yo estè en tu poder, me tendrè por dichosa, y bien afortunada. No permitas con dexarme y desampararme, que se hagan y junten corillos en mi deshonra. No dè tan mala vejez à mis padres, pues no lo merecen los leales servicios, que como buenos vasallos à los tuyos siempre han hecho. Y si te parece, que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, ò ninguna nobleza ayè en el mundo, que no aya corrido por este camino; y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres descendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si esta à ti te falta, negandome lo que tan justamente me devés, yo quedarè con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, Señor, lo que ultimamente te digo es, que quieras, ò no quieras yo soy tu esposa. Testigos son tus palabras, que no han, ni deven fer mentiro-

T o m. II.

T

fas.



fas. Si ya es, que te precias, de aquello, porque me desprecias. Testigo serà la firma que hiziste; y testigo el cielo à quien tu llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, bolviendo por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos.

ESTAS y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lagrimas, que los mismos que acompañavan à Don Fernando, y quantos presentes estavan, la acompañaron en ellas. Escuchòla Don Fernando sin replicalle palabra hasta que ella diò fin à las fuyas, y Principio à tantos folloços, y suspiros, que bien avia de ser coraçon de bronce, el que con muestras de tanto dolor no se enternecièra. Miràndola estava Lucinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura; y aunque quisièra llegarle à ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexavan los braços de Don Fernando, que apretada la tenian: El qual, lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio, que atentamente estuvo mirando à Dorotea, abriò los braços, y dexando libre à Lucinda, dixo: Venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es possible tener animo para negar tantas verdades juntas.

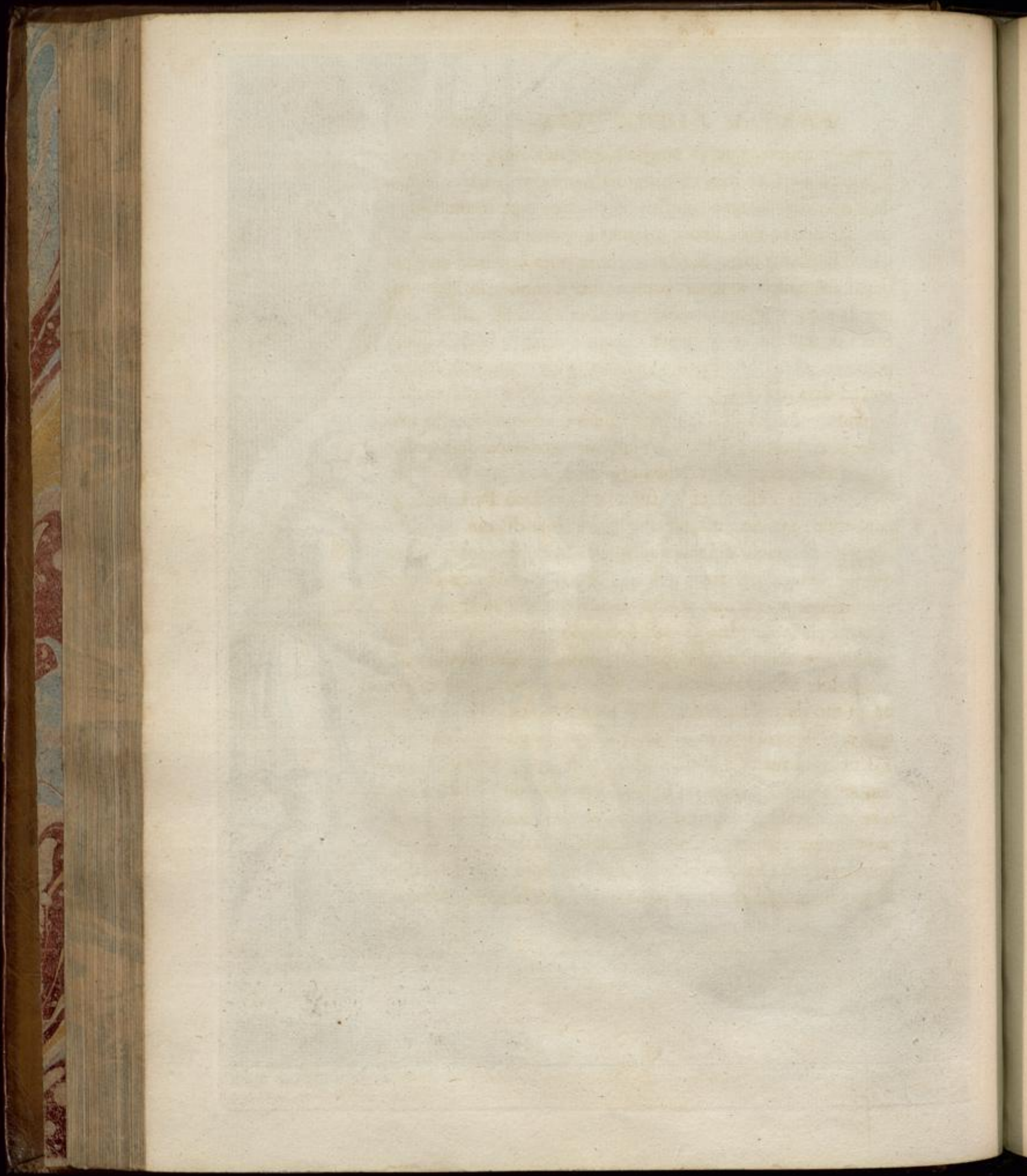
CON el desmayo que Lucinda avia tenido (assí como la dexò Don Fernando) iva à caer en el suelo; mas hallàndose Cardenio alli junto, que à las espaldas de Don Fernando se avia puesto porque no le conocièsse; pospuesto todo temor, y aventurando à todo riesgo, acudiò à sostener à Lucinda, y cogièndola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso cielo gusta,



*In. Vanderbank inv. et Delin.
Vol. II. p. 138.*

*Ger. Vanderlucht sculp.
22*





gusta, y quiere, que ya tengas algun descanso, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo, que le tendràs mas seguro, que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron, quando la fortuna quiso que pudiesse llamarte mia. A estas razones puso Lucinda en Cardenio los ojos, y aviendo comenzado à conocerle, primero por la voz, y assegurandose que èl era con la vista; casi fuera de sentido, y sin tener cuenta à ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos sí, señor mio, soys el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan à esta vida, que en la vuestra se sustenta.

ESTRANO espectáculo fuè este para Don Fernando, y para todos los circunstantes, admirandose de tan no visto suceso. Parecióle à Dorotea, que Don Fernando avia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le viò encaminar la mano à ponella en la espada: ¡Y assi como lo pensò, con no vista presteza se abraçò con èl por las rodillas, besandofelas, y teniendole apretado, que no le dexava mover; y sin cessar un punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer, unico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes à tus pies à tu esposa, y la que quieres que lo sea, està en los braços de su marido: Mira si te estará bien, ò te será possible deshazer lo que el Cielo ha hecho? O si te convendrá querer levantar à igualar à ti mismo à la que, pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor

T 2

amoroso



amoroso el rostro, y pecho de su verdadero esposo? Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres, te suplico, que este tan notorio desengaño, no solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que con quietud y sosiego permitas, que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el Cielo quisiere concederfeles; y en esto mostraràs la generosidad de tu Ilustre y noble pecho, y verà el mundo, que tiene contigo mas fuerça la razon, que el apetito.

EN tanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada à Lucinda, no quitava los ojos de Don Fernando con determinacion de que si le vièsse hazer algun movimiento en su perjuizio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudièsse, a el y à todos aquellos que en su daño se mostràssen, aunque le costàsse la vida: Pero à esta sazón acudièron los amigos de Don Fernando, y el Cura y el barbero, que à todo avian estàdo presentes, sin que faltàsse el bueno de Sancho Pança; y todos rodeavan à Don Fernando, suplicàndole tuvièsse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea; y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era, lo que en sus razones avia dicho, que no permitièsse, quedàsse defraudada en sus tan justas esperanças. Que consideràsse, que no à caso, como parecia, sino con particular providencia del Cielo, se avian todos juntado en lugar, donde menos ninguno pensava: Y que advertièsse, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar à Lucinda de Cardenio; y aunque los dividièssen filos de alguna espada, ellos tendrían por felicissima su muerte: Y que en los casos irremediables era suma cordura, forçándose, y
venciéndose

venciéndose à si mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo, que por sola su voluntad, los dos gozassen el bien, que el cielo ya les avia concedido. Que pusièsse los ojos assi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria, que pocas, ò ninguna se le podian igualar, quanto mas hazerle ventaja; que juntasse à su hermosura su humildad, y el extremo del amor que le tenia: Y sobre todo advirtièsse, que si se preciava de cavallero y de Christiano, que no podia hazer otra cosa, que cumplille la palabra dada, y que cumplièndosela, cumpliria con Dios, y satisfaria à las gentes discretas, las quales saben, y conocen, que es prerogativa de la hermosura (aunque estè en sujeto humilde como se acompañe con la honestidad) poder levantarse, è igualarse à qualquiera alteza sin nota de Menoscabo del que la levanta, è iguala à si mismo: Y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no deve de ser culpado el que las sigue. En efeto à estas razones añadièron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando (en fin como alimentado con illustre sangre) se ablandò y se dexò vencer de la verdad, que èl no pudièra negar, aunque quisièra: Y la señal que diò de averse rendido y entregado al buen parecer que se le avia propuesto, fuè abaxarse y abraçar à Dorotea, diziendole: Levantàos, Señora mia, que no es justo que estè arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma; y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quiçà ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fè con que me amàys, os sepa estimar en lo que merecèys. Lo que os ruego es, que no me reprehendàys mi mal termino, y mi mucho descuydo;

descuydo; pues la misma ocasion y fuerça que me moviò para acetaros por mia, esãa misma me impeliò para procurar no ser vuestro: Y que esto sea verdad, bolved y mirad los ojos de la ya contenta Lucinda, y en ellos hallarèys disculpa de todos mis hierros; y pues ella hallò y alcançò lo que deseava, y yo hè hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felizes años con su Cardenio; que yo rogarè al cielo, que me los dexee vivir con mi Dorotea: Y diziendo esto, la tornò à abraçar, y à juntar su rostro con el fuyo con tan tierno sentimiento, que le fuè necessario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabàssen de dar indubitables señaes de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assi las de Lucinda, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estàvan, porque començaron à derramar tantas los unos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia, sino que algun grave, y mal caso à todos avia sucedido. Hasta Sancho Pança llorava, aunque despues dixo, que no llorava èl, sino por ver que Dorotea no era, como èl pensava, la Reyna Micomicona, de quien èl tantas mercedes esperava. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos; y luego Cardenio y Lucinda se fuèron à poner de rodillas ante Don Fernando, dandole Gracias de la merced que les avia hecho, con tan corteses razones, que Don Fernando no sabia que responderles; y assi los levantò, y abraçò con muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego à Dorotea, le dixèsse, como avia venido à aquel lugar tan lexos del fuyo? Ella con breves, y discretas razones contò todo lo que antes avia contado à Cardenio,

denio,

denio, de lo qual gustò tanto Don Fernando, y los que con èl venian, que quisièran que duràra el cuento mas tiempo: Tanta era la gracia con que Dorotea contàva sus desventuras. Y assi como hùvo acabado, dixo Don Fernando lo que en la ciudad le avia àcontecido despues que hallò el papel en el seno de Lucinda, donde declaràva ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser fuya: Dixo que la quiso matar, y lo hiziera, si de sus padres no fuèra impedido; y que assi se saliò de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Lucinda avia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiéssè dezir donde se avia ido; y que en resolucion al cabo de algunos meses vino à saber, como estàva en un monasterio con voluntad de quedarse en èl toda la vida, sino la pudiéssè passar con Cardenio: Y que assi como lo supo, escogiendo para su compaña aquellos tres Cavalleros, vino al lugar donde estàva, à la qual no avia querido hablar, temeroso que, en sabiendo que èl estàva alli, avia de aver mas guarda en el monasterio; y assi aguardando un dia, à que la porteria estuviéssè abierta, dexò à los dos à la guarda de la puerta, y èl con otro avia entrado en el monasterio buscando à Lucinda, la qual hallaron en el claustro hablando con una Monja; y arrebatàndola sin darle lugar à otra cosa, se avian venido con ella à un lugar, donde se acomodaron de aquello que huvieron menester para traella. Todo lo qual avian podido hazer bien à su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que assi como Lucinda se viò en su poder, perdiò todos los sentidos, y que despues de
buelta